

Ecovilla Dúrika es utopía materializada

Las ecovillas son comunas cuyos habitantes tienen un proyecto de vida muy diferente al que nos dicta la sociedad actual. Aunque cada comuna tiene su propia "personalidad", las características principales de ellas son:

Vivir en comunidad: El sentido de comunidad es muy importante en la ecovilla: todos los miembros se reúnen constantemente para compartir e intentan mantener buenas relaciones entre sí. La propiedad del terreno es comunal. Todos trabajan por el bien común. Practican valores como solidaridad, tolerancia, paz y cooperación.

Ecodemocracia: En las comunas impera una estructura política singular que los defensores de las ecovillas han llamado ecodemocracia. Todos los habitantes son consultados en asuntos que atañen a la comuna. A pesar de que hay un concejo o junta administrativa, la comunidad entera está por encima en orden de jerarquía.

Autosuficiencia: En las ecovillas se practica la agricultura orgánica. Siembran lo que comen

y elaboran casi todo lo necesario para su consumo en la misma comunidad, aunque la autosuficiencia total no es posible (por el hecho de que las condiciones ecológicas hacen imposibles ciertos cultivos).

Armonía con la naturaleza: Para los miembros de una ecovilla el cuidado de la naturaleza es el principio fundamental; ella tiene un valor en sí misma y no el que le otorga el mercado. En las comunas se utilizan energías renovables (hídrica, eólica, solar), se trata las aguas residuales de una manera natural, se preserva los ecosistemas, se maneja adecuadamente los desechos sólidos y, en general, se provoca el menor impacto ambiental posible.

A lo largo del mundo existen miles de ecovillas que se mantienen exitosamente. En Costa Rica hay comunas que intentan seguir los principios de las ecovillas, siendo Dúrika una de las más pujantes. Ubicada entre

unas maravillosas montañas, en Buenos Aires de Puntarenas, Dúrika es una ecovilla con 13 años de existencia.

En ese lugar, los dúrikos, poco a poco, han comprado colectivamente 8.000 hectáreas de tierra y las han reforestado hasta constituir un inmenso bosque al lado del cual llevan a cabo una vida de sencillez, trabajo y, sobre todo, en armonía con la naturaleza. Cultivan orgánicamente para su consumo y para vender, producen pan y galletas y, además, queso y yogurt a partir de la leche de cabra -que es mejor para el ser humano que la de vaca, además de que la cabra requiere menos espacio y pastos que las vacas. Dúrika, además, genera ingresos mediante un ecoturismo curioso: los turistas tienen que trabajar de la misma manera que los miembros de la comuna: se levantan en la madrugada para laborar en la huerta, en el cuidado de las cabras o en cualquier otra actividad necesaria, hasta la hora del desayuno, luego vuelven a trabajar hasta el almuerzo, después del cual deben de hacerlo todavía dos horas más. Además, pagan por el hospedaje, la comida y el

por **Cristina Navarro**

aprendizaje que reciben acerca de lo que es una ecovilla y las diferentes actividades que se dan en la misma.

El dinero que los dúrikos generan con su trabajo lo invierten sabiamente comprando tierras aledañas que reforestan con especies nativas (por ello sus dominios han pasado de las 300 hectáreas con que contaban en el inicio a las 8.000 actuales). Este inmenso terreno alberga bosque secundario y primario, parte del cual es considerado Patrimonio de la Humanidad por constituir un corredor biológico colindante con el Parque Nacional La Amistad.

En Dúrika se percibe fácilmente el amor de sus miembros por la naturaleza, manifiesto en el respeto por toda forma de vida (por ejemplo, cuando una cabra envejece y deja de producir no es asesinada, sino que se le sigue cuidando con las demás hasta su muerte natural, como una forma de agradecimiento por el servicio que brindó a la comunidad)